

ENSEÑANZA DE LA COMUNICACION SOCIAL Y NUEVAS TECNOLOGIAS

Prof. Sergio Contardo Egaña.

1.- El periodista nace...

El conflicto en la formación académica de los comunicadores sociales no es asunto de hoy sino de siempre. De un siempre que, en este caso, se refiere a algunas décadas solamente, es decir, desde que entre nosotros comenzaron a surgir las Escuelas de Periodismo o de Comunicación Social.

Una de las razones de este conflicto estriba en la circunstancia de que se trata de enseñar algo que ya se está practicando profesionalmente, por una parte, y por otra en que se intenta fundamentar esa enseñanza en un cuerpo teórico que no todos aceptan o al menos, que pocos conocen y valoran en forma positiva.

Cuando nacieron las "Escuelas de Periodismo" tuvieron a grandes enemigos en los propios periodistas. Para ser verídicos debemos decir que no en "todos" los periodistas, especialmente no en aquellos que tenían más visión y comprensión del futuro de su profesión. Pero sí en la gran mayoría y en especial en los que ya trabajaban desde hacía años en los medios de comunicación. Ellos no habían necesitado concurrir a la universidad para lograr sus

puestos de trabajo. En los talleres habían conocido las técnicas de impresión; en la labor diaria, al lado de colegas de más experiencia, habían aprendido el reporteo; junto a periodistas o escritores de reconocida solvencia e influencia fueron perfeccionando su redacción, su estilo y su comprensión para analizar la realidad y hacer los correspondientes comentarios. Y entonces, en desmedro de aquellos que estudiaban en la universidad y con timidez se acercaban a la práctica profesional, se generalizó el dicho: el periodista nace, no se hace.

Este mismo estado de espíritu hizo que en los años iniciales la enseñanza del "Periodismo" estuviera bastante desorientada y un tanto anarquizada. Había algunas cosas que eran claras: el futuro periodista necesitaba aprender a escribir bien, correctamente; y debía ser capaz de adaptar esa corrección a los diferentes tipos o géneros de periodismo que debía practicar: una mera información, una entrevista, un reportaje, un comentario, un artículo de opinión. Ello fue exigiendo el delineamiento de cátedras que cumplieran con esos objetivos, y los profesores que las impartían eran escogidos precisamente entre aquellos que realizaban tales funciones en los medios, y cuanto mayor nombre habían alcanzado en esta labor mayores antecedentes académicos acumulaban. Este hecho, junto con lo positivo que significa transmitir un saber adquirido en la experiencia, tenía además la ventaja de tender un puente muy útil para las Escuelas, entre la Universidad y los medios de comunicación, ya que permitía el ejercicio de prácticas en ellos y el que los periodistas de éstos miraran con menos reticencias a los novatos que estaban bajo sus órdenes en el campo del ejercicio profesional.

2.- Formación universitaria

Pero la Universidad es un centro de enseñanza superior que tiene horizontes más amplios que el mero adiestramiento técnico. Un profesional es algo más que un técnico y ese algo más es lo que caracteriza su condición de universitario. En la universidad se acerca al joven a la ciencia, al conocimiento de las raíces, a la fundamentación racional de las técnicas que ejercita. No era fácil encontrar esto en el caso del Periodismo.

Había algunas cosas que parecían muy claras: el periodista

debía resultar, como consecuencia de su paso por la universidad, un hombre culto. Entonces procedía ordenar su currículo de modo que se superara aquello de que el periodista es la persona que sabe muy poco de muchas cosas. Y comenzaron a surgir las cátedras que debían llenar esos vacíos; Historia Universal, Historia de la Cultura, Historia Patria, Historia del Periodismo, Literatura, Filosofía, Sociología, Antropología, Derecho, Medicina Legal, Psicología, Psiquiatría, Geografía, Organización Política y Administrativa, Derecho Constitucional, Organismos y Relaciones Internacionales, Estructura Social de América Latina, Desarrollo Económico, Teoría Económica, Política Económica, Lógica, Psicología Social, Historia del Arte, Integración Latinoamericana, Estética Literaria, Literatura Chilena, Literatura Americana... y muchas más. El número aumentaba según las inclinaciones o especialidades de los docentes. Cuando sumaban muchas, se reordenaba, había supresiones, fusiones, etc.

Y a este inmenso e ilimitado bagaje cultural había que agregar las asignaturas que enseñaran a utilizar los medios técnicos entonces en uso: la tipografía, la radio, el cine y, pasando los años, también la televisión. El contenido era demasiado y había múltiples objeciones que formular.

Se pretendía dar una cultura tan universal, que para adquirirla en forma modestamente adecuada debería pasar el alumnos unos diez o quince años en la universidad. Y si se suponía alcanzada esa utópica finalidad, poco de ella le resultaba necesario en el ejercicio de sus actividades profesionales. Con lo que, en definitiva, muchos pensaban que lo único útil era el prepararlos para el dominio de la técnicas periodísticas, lo que incluso se ponía en duda pues se pensaba que para tales efectos no había mejor escuela que la presencia en el taller, en el auditorio de radio o en el estudio de televisión.

3.- La Teoría de la Comunicación

En las décadas del cincuenta y del sesenta se produjo el impacto de la Teoría de la Comunicación. Parecía que allí se había encontrado al fin, el punto de unión de todos estos estudios tan disímiles e inorgánicos, la raíz de todas estas tecnologías, por decirlo en una palabra, el fundamento científico del estudio del periodismo. Tanto fue así que comenzó a dejarse de usar la palabra "Periodismo" en los medios universitarios, para cambiarla

por la de "Comunicación Social".

El fenómeno de la comunicación era la clave que daría la pauta tanto para la ordenación curricular de los estudios como para la fundamentación científica de este quehacer universitario. El periodismo era una especie dentro del género "Comunicación Social"; había otras: Las Relaciones Públicas, la Publicidad, el Cine, la Radio, la Televisión en toda su extensión no periodística, las Asesorías Empresariales, Políticas, Institucionales, etc.

Las experiencias de la guerra mundial y de la postguerra, las investigaciones de campo realizadas con tanto entusiasmo por las universidades norteamericanas, a las que siguieron muchas europeas, fueron dando un contorno a esta Teoría de la Comunicación. Y el fenómeno mismo, el proceso de la comunicación llegó a ser considerado como el más esencial de los procesos de la vida humana. Las diversas ciencias se acercaron a él, y no sólo las ciencias humanas o sociales, sino también las matemáticas y físicas. La influencia de los modelos matemáticos fue notable; luego llegó la Lingüística y la Semiología; surgieron la Psicología de la comunicación, la Sociología de la comunicación, la Antropología comunicacional, y en todos los ámbitos se fue introduciendo la inquietud por analizar la comunicación social desde distintos puntos de referencia científicos. Hasta que en un momento todo cabía dentro de esta ciencia madre o dentro de este hecho básico de la Comunicación.

Esta realidad pareció que constituía la explicación buscada, es decir, que el estudio científico de la Comunicación era la fuente nutricia de todas aquellas profesiones que, como el Periodismo, encontraban en ella su fundamentación y resultaban ser una aplicación a situaciones concretas de los principios que tal ciencia iba estableciendo y determinando.

4.- El avance de la tecnología

Junto con este descubrimiento, en las décadas siguientes el avance de la tecnología llevó a la Comunicación por caminos inéditos y asombrosos. La electrónica abrió sus puertas hacia progresos imprevisibles; la estadística pasó a ser una herramienta

indispensable; la computación y la informática llevaron al vértigo a las inteligencias; las posibilidades de las comunicaciones por satélites, los prodigios de los nuevos equipos de televisión y tantos otros inventos en estas materias, obligaron a repensar la forma cómo debía encararse la enseñanza del Periodismo y de la Comunicación Social.

La respuesta a ello fue simplificar toda aquella maraña de asignaturas que, casi ingenuamente, intentaban dar una formación cultural completa e íntegra, sólo a los elementos básicos y fundamentales; interiorizar a los alumnos en los secretos de esta nueva y extraordinaria ciencia de la comunicación, base, fundamento y sostén de todas las actividades profesionales con ella relacionadas; y luego enfrentarse con el uso de las nuevas tecnologías, lo que exigía más y más laboratorios, estudios, máquinas e implementos de todo tipo, de precios elevadísimos y por ello mismo a veces imposibles de alcanzar.

Sin embargo, como estamos ante la presencia de una realidad muy dinámica, pronto este nuevo y original enfoque fue, también, víctima de preguntas y de dudas. Desde el punto de vista de la práctica profesional se cuestionaba aquel exceso de teorías con que se llenaba la mente de los jóvenes candidatos al Periodismo y que, en lugar de hacerlos hombres más expertos en las lides laborales los convertían en mediocres profesionales repletos de brillantes y pedantes teorías y sistematizaciones.

Y desde el punto de vista puramente académico, se miraba con sentimientos de recelo y de benevolencia protectora a estos pseudocientíficos de la Comunicación Social, que supuestamente poseedores de una cierta ciencia que unificaba y fundamentaba su experiencia, no eran capaces de dar de ella una definición o al menos una determinación que la hiciera viable dentro del mundo exigente de los investigadores y creadores de verdadero nivel científico universitario. Nuevo complejo de inferioridad, ahora sufrido tanto frente a los pares académicos como a los pares profesionales.

Esta situación se mantuvo largo tiempo, con algunas variantes que disminuyeron su gravedad, ya que el profesional universitario, por el mero transcurso de los años, comenzó a hacer mayoría y a

ocupar cargos de responsabilidad dentro de los medios, por una parte, y por la otra, la seriedad que se fue exigiendo a los egresados que optaban al grado académico o al título profesional los llevaba a realizar determinadas y puntuales investigaciones que, muchas veces no desmerecían en rigor científico frente a las de los estudios tradicionales y consagrados en la universidad.

5. ¿Qué enseñar?

Teniendo presente esta realidad, debemos ahora afrontar el conflicto entre la formación de los comunicadores y el surgimiento y avance arrollador de las nuevas tecnologías y saberes técnicos-instrumentales.

Los que durante largos años y en medio de azarosos repliegues y adaptaciones han logrado ir dando un cierto perfil a la enseñanza de las ciencias y técnicas de la Comunicación, se sienten como un tanto injustamente agredidos por estas nuevas preguntas y formulaciones.

Ellos piensan que si aún no se ha logrado sedimentar en forma relativamente definitiva o al menos aparentemente estable todo este mundo polivalente que ha ido configurando la moderna teoría de la comunicación, y aún más, si recién se empezaba a ver que había determinados hilos conductores que podían dar un cierto sentido unificador a estos conocimientos, que no eran ni mera Sociología ni mera Psicología ni mera Semiología, sino algo con sentido y contenido propio que explicaba hasta cierto punto el mundo cada vez más multiforme de la Comunicación Social, no puede menos que admirarse de que todo este esfuerzo parezca ya caduco, o al menos viejo, que haya que intentar uno nuevo y que deba volver a cuestionarse todo porque las modernas tecnologías calzan botas de siete leguas.

Sin embargo, es bueno ser criticado; es bueno que alguien le diga a su amigo: te estás poniendo viejo. Porque entonces reaccionará y tratará de ver qué aspectos de su vida debe urgentemente remozar, para no ser candidato rápido al asilo, pero al mismo tiempo se dará cuenta que parte de lo vivido es verdadero, es bueno y debe mantenerse.

Ante todo debemos recordar algo muy obvio, pero que suele olvidarse, y ello es que lo que se enseña al alumno sólo debe ser lo que se cree verdadero. Esto significa dos cosas: la primera que enseñar es, ante todo, educar, y que educar quiere decir "educir", o lo que es lo mismo ayudar a parir un conocimiento, teniendo presente que el que pare es el alumno y el que enseña no tiene otra función que la de la comadrona. Y cuando de este trance se trata, lo que pugna por llegar a la vida es un hombre y no un conejo o un ser extraterreno.

La segunda cosa es que quien educa o hace de comadrona conoce su arte y no experimenta en la criatura que está pariendo. Sus experimentos, los realiza en el interior de su laboratorio, en su gabinete, en compañía de sus pares, con quienes cambia opiniones, a quienes muestra resultados, de quienes escucha consejos, a quienes plantea hipótesis o teorías.

Ahora, lo que la institución que enseña hace es transmitir al joven fundamentos científicos sólidos, elementos culturales básicos y firmes y tecnologías vigentes, pero todo ello educando, vale decir, sacando de él las capacidades que le permiten comprender, dudar, criticar, aceptar o rechazar, formarse su propio juicio y resolver en consecuencia con esto. No más, pero tampoco menos.

Esta afirmación tan simple es importante y casi trascendente. Ella quizá si deba plantearse en forma de una pregunta de triple alcance: ¿cuáles son esos fundamentos científicos sólidos, esos elementos culturales básicos y firmes y esas tecnologías vigentes?

Intentaremos responder a estos tres aspectos de una misma pregunta. No estamos seguros de si esos intentos de respuesta tendrán un carácter científico. Pero preferimos señalarlos para, al menos, quedar en paz con nuestra propia conciencia. Porque, dicho sea de paso, estamos ante un problema de conciencia. Lo que talvez veremos al terminar este trabajo.

6. Los fundamentos científicos

El desarrollo de los estudios de la Comunicación Social no ha

sido, en general, un camino continuo de progreso, sino más bien una sucesión de cambios de enfoques y de puntos de vista, más o menos brusco, con la convicción en cada caso de que lo anterior ya no sirve y que es preciso comenzar de nuevo desde el punto cero. Esta situación provoca dificultades serias en aquellos que están dedicados a la enseñanza de estas disciplinas.

Se plantean dudas sobre su verdadera fundamentación científica; parece advertirse que en su fondo late solamente la preocupación ideológica y a veces claramente politizada; se vislumbra un cambio de perspectivas, desde una posición que buscaba conocimientos con base científica, de los cuales pudieran deducirse aplicaciones en muy diversos contextos sociales y culturales, a otra que sólo buscaba el cambio de determinada situación y enfocaba hacia esa labor todo el esfuerzo, tanto ideológico como tecnológico. El tema es difícil y pleno de sinuosidades.

Como antes sugerimos, en la formación de los futuros comunicadores sociales y periodistas debe actuarse con una difícil honestidad: mostrar como científico sólo lo que realmente lo es.

Pienso aquí en una analogía con los estudios de la medicina. Hay en ésta un núcleo científico central que podríamos llamar quizás de biología, dentro del cual está tanto la anatomía como la fisiología, y después de esto la patología. Sobre estas bases científicas, luego avanzará la experiencia y la tecnología decifrando los caminos del difícil arte de sanar al enfermo.

¿Habrá algo análogo en la Comunicación Social? ¿Será posible pensar en una especie de fenomenología que, con mucha honestidad se ponga frente al hecho, lo describa, lo estudie, considere sus componentes, observe sus mutuas reacciones e influencias, analice su proceso, determine los elementos sociológicos, psicológicos, políticos, económicos, éticos... que se entremezclan para dar como resultado el fenómeno en su enorme complejidad? Allí puede darse todo un extenso campo de estudio con base científica. Hay un material que puede observarse con objetividad. Hay una metodología que permite profundizar en sus diversos aspectos y formas de presentarse dentro del contexto social. Hay toda una tecnología, que avanza con enorme rapidez y que actúa sobre el proceso, y que también debe estudiarse en sus

efectos y consecuencias.

Todo ello aprovechando lo positivo que las diversas tendencias han ido señalando a través de estos años en sus investigaciones, lo que servirá en gran medida para aguzar el sentido crítico que el estudiante universitario debe cultivar, junto con el acceso al contenido de todas esas disciplinas.

7. Ideologización

Lo que debe evitarse es la orientación de los estudios con una finalidad preconcebida, ideologizante, que tienda a la utilización de todo este caudal de conocimientos y tecnologías en un sentido preestablecido, en un determinado compromiso político, social e ideológico, de cualquier signo que éste sea.

Por el contrario, esa posibilidad de instrumentalizar la Comunicación Social y sus medios es uno de los aspectos, especialmente importantes, del tema que debe ser estudiado e investigado una vez que se ha logrado un conocimiento cabal de los elementos mismos del fenómeno, en la forma señalada. Junto con lo cual debe enfrentarse con la mayor seriedad científica todo aquello que correspondería, siguiendo con nuestra analogía, al aspecto patológico del uso de la comunicación.

Este último punto reviste entre nosotros una gravedad singular. La realidad social en que vivimos nos coloca en un sitio de dependencia frente a los países desarrollados, que ejercen enorme influencia sobre los económicamente más débiles. Y este proceso tiene una especial relevancia en todo lo referente a la comunicación social. Por ello es que fenómenos como el flujo de las informaciones o la llamada "desinformación" adquieren en nuestros días un relieve fundamental. Como también lo tiene la puesta de los medios y su manipulación al servicio de determinadas ideologías políticas de especial seriedad por sus contornos totalitarios, sean ellos de tipo marxista, fascista o de cualquier otro signo. Como igualmente delicado es el fenómeno de la agrupación de los medios en pocas y poderosísimas manos, sean éstas de naturaleza política o comercial. Todo ello constituye, a no dudarlo, un uso torcido de los medios y cae dentro de lo

patológico, que cabe estudiar con especial énfasis, buscando los remedios o al menos los antídotos que nos permitan en cierto modo liberarnos de tal enfermedad.

Lo anterior, que quizás para muchos tiene cierto sabor a ingenuidad o utopía, es sin embargo el único camino honesto para dar a las Ciencias que confluyen en la Comunicación Social su verdadero carácter de tales, sin olvidar que no estamos en el terreno de las ciencias naturales o matemáticas, sino en el más resbaladizo de las ciencias sociales que linda constantemente con las exigencias de la ética. Y es, en consecuencia, lo que permite a quienes están encargados de formar a los futuros comunicadores sociales y periodistas cumplir con quella primera exigencia que antes señalamos, de transmitir al joven fundamentos científicos sólidos y no simples posiciones políticas o ideológicas.

8. El momento histórico

Lo segundo que corresponde entregar al alumno son elementos culturales básicos y firmes. No se trata de esa cultura general que todo universitario debe lograr como consecuencia del paso por las aulas ni tampoco de esa cultura universal utópica que antes recordamos. Es algo más preciso y determinado, que se deriva, justamente, de lo que recién señalamos: las Ciencias de la Comunicación son ciencias sociales. Y no puede darse una ciencia social que se estudie en el vacío, en lo intemporal, en la pura abstracción de sus leyes y teorías.

Por el contrario, el conocimiento serio, profundo y objetivo de esa realidad del momento histórico que ella vive, resulta un material indispensable para la adecuada comprensión tanto del fenómeno de la Comunicación Social y sus procesos, como de la dinámica completa que genera en el medio y sus posibilidades de orientación correcta hacia el verdadero camino del bien común de la sociedad.

Esto supone un adecuado estudio de la historia contemporánea, general y local, como de las realidades sociológicas, políticas, económicas, ideológicas, culturales que conforman dicha sociedad, que constituyen su verdadero entorno, y que poseen las

potencialidades activas y pasivas que permiten el desarrollo real y eficaz de la Comunicación Social y de sus medios.

Esto último lo subrayamos porque también es preciso no caer en la deformación de pensar que la Comunicación Social y los medios de comunicación son prácticamente los artifices totales de la realidad social. Hay muchos otros elementos que no podemos olvidar ni menospreciar, y que en determinadas sociedades de nuestro mundo sudamericano deben considerarse especialmente, si no se quiere entrar por caminos que llevan a falsear la visión de esa misma realidad.

Por eso nos referíamos a elementos culturales básicos y firmes, es decir, aquellos que verdaderamente conforman el medio social y no sólo aquellos que una interesada concepción política o ideológica señala como los únicos importantes o determinantes.

9. Las nuevas tecnologías

El tercer aspecto se refiere a las tecnologías vigentes. Este constituye, en cierto modo, el tema central del presente trabajo. Sin embargo, lo hemos dejado en el tercer lugar, luego de referirnos a los fundamentos científicos sólidos y a los elementos culturales básicos y firmes. Y ello porque pensamos que si bien es cierto que las innovaciones tecnológicas han sido fundamentales en muchos aspectos de nuestra actual civilización, también debemos acostumbrarnos a que dichas innovaciones no tienen una vida propia, no son especies de monstruos que, inicialmente creados por el hombre, luego se enfrentan a éste y amenazan con destruirlo. No debemos dejarnos envolver por la ciencia-ficción, sino que es preciso encarar estas innovaciones tecnológicas como un producto más de la evolución de la historia de la cultura humana que corresponde adaptar al verdadero progreso y desarrollo de la humanidad.

Es verdad que el avance de la tecnología ha sido demasiado rápido y casi ha aventajado a la capacidad del hombre para usar adecuadamente los elementos que él mismo ha ido creando. Y ese es uno de los factores que hacen mirar esos inventos casi con un espanto apocalíptico.

Ellos envuelven, por otra parte, una exigencia de utilización inmediata, debido a que su alto costo de producción requiere de un aumento enorme de usuarios para que resulten una buena inversión, lo que puede traer como consecuencia un abaratamiento de sus precios y, entonces, cuando una gran cantidad de individuos tiene acceso a ellos y sin embargo no se ha determinado bien el sentido de su uso, surge como una especie de espanto o de innecesaria utilización, que entorpece y dificulta la vida normal en lugar de tomarla más grata y más humana.

La formación universitaria no debe caer en este torbellino. El Comunicador Social y el Periodista que se desean formar deben escoger por sí mismos su posición frente a las políticas culturales. No es la Universidad la que lo forma para insertarse en el uso de los medios dentro del sistema o para dedicarse a criticar dicho sistema y a denunciar la determinada utilización de dichos medios. Lo que la Universidad debe darles es la capacidad de juicio, la independencia de criterio, la formación científica y cultural necesaria y, por sobre todo, la ordenación ética que le permita resolver su propia posición como Comunicador Social.

Las nuevas tecnologías deben necesariamente estar presentes en la formación de los comunicadores y en los planes de estudios que ellos siguen durante sus años de universitarios. Pero no deben convertirse en una obsesión o, por decirlo así, en la preocupación fundamental de la respectiva docencia.

10. Los planes de estudio

Cuando surgieron entre nosotros las primeras Escuelas de Periodismo, sus planes de estudio consideraban el conocimiento, primero de los medios referentes a la prensa, luego con cierta timidez, los referidos a las actividades audio-visuales, como la fotografía, el cine, la radio. En su desarrollo se introdujo más tarde la televisión. Esto requería cada vez de mayores inversiones, para disponer de equipos adecuados. Al comienzo de este trabajo aludimos a esa realidad. Pero tales innovaciones tecnológicas se iban encuadrando, con todas las limitaciones inevitables, dentro del lugar que lógicamente les correspondía: eran "medios", a través de los cuales se realizaba la función de la Comunicación Social y

como tales quedaban al servicio de ésta y de sus propias finalidades.

Más tarde se produjo una cierta deformación de este esquema, y por el influjo de determinados pensadores de moda, se llegó a la aceptación tácita de aquello de que el medio es el mensaje, con su consiguiente trastorno y en cierta medida con su inevitable desorientación, lo que se agravó con el rápido crecimiento tecnológico: la electrónica entró en una carrera vertiginosa y surgió el mundo de las "cassettes", de los videos en todas sus formas, de la utilización intensa de los satélites, la computación y la microcomputación, la informática, la fibra óptica..., todo ello en íntima relación con la Comunicación Social.

Aparentemente esto ha planteado problemas inéditos: el cambio de tecnologías significaba un cambio en la civilización, en la política, en la cultura artística, en todo lo que constituye el entorno de la vida humana. Lo que naturalmente repercute en la formación universitaria de los comunicadores, que se torna así en un estudio de cómo utilizar los nuevos medios tecnológicos y, siguiendo este deslizamiento, en cómo usar las nuevas tecnologías para introducir cambios políticos, o para cambiar o mantener el sistema imperante, o para enfatizar determinadas ideologías.

Muchas orientaciones han perdido parte de su terreno o al menos su amplio imperio, y son suplantadas por otras.

Ahora se urge a conocer las nuevas tecnologías que cambiarán la estructura ideológica de nuestra civilización. O sea, se reconoce que ya no es el hombre capaz de orientar la sociedad y su destino, sino que ese monstruo tecnológico, que hasta se autogenera y autorreproduce, es el que lleva la batuta y arrasa en su determinismo materialista con las estructuras sociales, crea las nuevas políticas, maneja la economía, y, en definitiva, se transforma en el demiurgo que conduce a la humanidad hacia el siglo XXI.

11. Investigación en Comunicación Social

Debemos hacer un esfuerzo para poner las cosas en su lugar.

No puede ser el avance de las tecnologías el que comande y dirija la formación que se pretende dar a los futuros comunicadores sociales y periodistas. Ese avance, por revolucionario que sea, debe enfrentarse teniendo muy a la vista el objetivo que se busca en esa formación, y luego, la forma cómo dichas nuevas tecnologías deben ser utilizadas para que ayuden a realizar esos objetivos.

Las nuevas tecnologías deben estudiarse, analizarse, observar sus efectos, etc.; hay allí todo un enorme campo para la investigación. Pero no nos desordenemos. No pongamos a caminar la enseñanza al ritmo de las nuevas tecnologías, de sus avances inimaginables; de sus consecuencias de todo tipo. Cuando aquellas investigaciones logren resultados ciertos, entonces llegará el momento de introducir las modificaciones curriculares que fueren necesarias. Como se había dicho desde hace tanto tiempo, la máquina al servicio del hombre y no al revés.

Esa enorme problemática que ofrece el mundo de las nuevas tecnologías, junto con todos los aspectos relativos a políticas de comunicación, deben ser materia de especial preocupación de aquellos que se dedican a investigar estas realidades sociales, pero debe tenerse muy presente su diferenciación con el campo propio de la docencia, básicamente enmarcada en los rubros que antes hemos señalado. Si esto no se toma en cuenta, se corre el riesgo cierto de convertir la educación universitaria en una labor de adoctrinamiento ideológico o político.

La experiencia nos muestra cómo la investigación en materia de Comunicación Social y su orientación ha ido cambiando en estas tres últimas décadas, movida fundamentalmente por circunstancias políticas coyunturales, superadas las cuales se cambia de enfoque, se desconoce el valor de lo anterior y, muchas veces, se internan por caminos que no se sabe si llevan a algún lugar. Esto está bien dentro del ámbito de los investigadores que buscan explicaciones y aplicaciones a los fenómenos comunicacionales y a sus vinculaciones con el medio, nacional e internacional. Pero no puede ser esa búsqueda la que oriente la planificación de los estudios.

Es posible, sí, que los estudiantes de postgrado, que tienen ya una formación científica básica en estas materias, se apliquen en

esa etapa a tales investigaciones con mucho mayor libertad y responsabilidad personal; ellos están formando su propio espíritu de científicos. Pero debe evitarse la negativa experiencia de entregar Licenciados y Periodistas que llegan a los medios con una terrible e indigesta mezcla de seudociencia y de ideologías y con un débil arsenal de capacitaciones para encarar sus funciones diarias, aquellas que, en la mayoría de los casos, deben ser las que los provean de su propio sustento material.

12 Aspectos éticos

Cuando señalamos que la enseñanza de la Comunicación Social se enfrentaba a la necesidad de transmitir fundamentos científicos sólidos, elementos culturales básicos y firmes y tecnologías vigentes, insinuamos que al término de este trabajo nos topáramos con un problema de conciencia. Sobre ello queremos ofrecer una breve reflexión.

Antes dijimos que educar es sacar del alumno, con el auxilio de la metodología y de los contenidos de las diversas disciplinas, la potencialidad que en él hay encerrada. Y comparamos esa labor a la de una comadrona. Esta reminiscencia socrática no está reñida sino enlazada con la anterior. Se ayuda a parir, a dar a luz una nueva creatura, que no es la imagen y semejanza de la partera sino de la madre que la formó. Y hemos de reconocer que muchas veces el educador sucumbe a la tentación de imponer su propia forma, violentando incluso la potencialidad que está en la inteligencia del que, al hacer suyos los nuevos conocimientos, está formando su propia e intransferible personalidad. Hay allí un primer problema de conciencia. No se trata de inculcar nuestras propias ideologías o convicciones políticas o sociales, sino de capacitar a la joven inteligencia para juzgar por sí misma y adoptar su propia y responsable determinación.

Un segundo problema estriba en el enfrentamiento con las nuevas tecnologías y con las nuevas formas que la comunicación va adquiriendo. Aquí también existe la tentación de tratarlas, enseñarlas y, si es posible, utilizarlas, al servicio de nuestras ideologías o convicciones políticas y sociales. Es algo muy comprensible y explicable. ¿Cómo no señalar las posibilidades que

ellas entrañan sea en un sentido o en otro, sea para apoyar un régimen o un sistema político vigente, sea para inducir a criticarlo, a modificarlo o a cambiarlo de raíz? ¿Pero es esa la función del educador o, por el contrario, es la de mostrar, analizar, criticar en el recto sentido, de modo que la joven inteligencia se abra y pueda libremente adoptar su propio camino?

Esto es un problema de conciencia, lo que quiere decir, simplemente, que es un problema ético. La formación de los futuros Comunicadores Sociales y Periodistas no debe ser instrumentalizada, ni en un sentido ni en otro. Primero porque con ello deja de lado la verdadera fundamentación científica que buscamos. Y segundo, y ello es lo más importante, porque entonces renegamos de la ordenación ética que debe tener toda educación. No es algo casual que la Carta de Ética Periodística aprobada por el Colegio de Periodistas de Chile en su artículo 1º afirme rotundamente que “el periodismo y los periodistas deben estar al servicio de la verdad...” ■